

**Discurso del Rector Enrique Battaner con motivo de la presentación del volumen en memoria de Fernando Lázaro, el día 4 de Marzo de 2006, en el aula magna de la Facultad de Filología.**

Hace unos días tuvimos ocasión, en este mismo lugar, de celebrar la aparición de un volumen en honor del maestro García de la Concha. En ese momento me refería yo a unas vidas paralelas correspondientes a unos departamentos paralelos de nuestra Universidad, Lengua y Literatura. Con ser muy similares, los dos volúmenes presentan sin embargo algunas notorias diferencias. Una autoría restringida en el caso de Praestans Labore Victor, la de los miembros del Departamento de Literatura; un amplísimo elenco de autores en este Palabras, Norma, Discurso, en memoria de Lázaro.

Pero en ambos casos lo que late es la obra de maestros. Recordaba yo entonces, y perdonad por aquello que pudiera parecer reiterativo, el momento estelar que vivió nuestra Facultad de Filosofía y Letras y que lleva el sello de gigantes como Tovar y como Lázaro, a quien hoy conmemoramos. Momento estelar cuya fecundidad se aprecia en este volumen, en el que los discípulos de Lázaro aparecen ya en tercera e incluso en cuarta generación, y en todos los campos de la Filología.

Pero me váis a permitir un pequeño recuerdo personal, no tanto de Lázaro sino de su obra. Como sabéis soy hombre de Ciencia aunque siempre preferí lo de Filosofía Natural. Pero allá en el viejo bachillerato, el que yo cursé, las obras de Lázaro siempre constituyeron una referencia importantísima en aquellos chicos que entonces de asomaban al estudio. De tal manera que independientemente de lo que fuera a ser tu destino académico final – el mío fue el de las Ciencias Básicas de la Medicina – Lázaro se te quedaba grabado como la referencia clave de las Letras – que diríamos entonces – o de las Humanidades, que creo decimos ahora con mayor razón. Sus obras de texto de bachillerato eran consideradas como una cierta Biblia por los aprendices de bachiller de aquel entonces.

¿Por qué he traído a colación este recuerdo personal? Porque nos pone a Lázaro en su verdadera y auténtica vocación de maestro. Que un eximio filólogo como él, maestro a su vez de eximios filólogos, catedrático y director de la RAE, se preocupara por el estudiante de bachillerato y creara aquellos textos que para mí, como para tantos, fueron la referencia primera (y para muchos, última) de la Lengua y la Literatura españolas, no deja de ser testimonio de aquel para quien la Lengua es algo total, de la cuna a la tumba, podríamos decir. Cuando los de mi generación hilvanamos medianamente bien un discurso o un escrito, tengan la completa seguridad de que Lázaro está presente. Y si no lo hacemos así, tenemos muy claro que hubiéramos recibido el correspondiente rapapolvo del maestro, generalmente en forma de un mordaz y ácido comentario, en su acostumbrada forma de dardo. Y es que en la Universidad de Salamanca ha habido dos maestros, Nebrija y Lázaro, que con toda razón merecen el apelativo de “Debeladores de la barbarie”

Permitidme, por último, que me dirija a la familia del maestro aquí presente. Hace ya tiempo que no vivís en Salamanca, exactamente el mismo tiempo en el que la Rúa Mayor echa de menos el camino de ida y vuelta del maestro. Pero como podéis observar, la figura de su imponente humanidad sigue presente en estos viejos muros.

Muros viejos que hoy alternan con nuevos, porque el espíritu inquisitivo, irónico y también socrático del maestro sigue aquí, presidiendo de alguna manera la voluntad de progreso de su Universidad. Por ello, por si aún no lo tenéis claro, en este viejo Estudio seguís teniendo vuestra casa, que se honra con haber sido muchos años la casa del maestro Fernando Lázaro.